



OBISPO DE CARTAGENA

## VIERNES SANTO

Murcia, 10 abril de 2020

Capilla de Santiago. Palacio Episcopal

Acabamos de escuchar la narración de la Pasión, del Misterio de amor de la cruz de Cristo y puede que a alguno le resulte difícil encontrar una respuesta satisfactoria a la pregunta ¿por qué la cruz de Cristo? La respuesta a este interrogante nos la ofrece una vez más la Palabra de Dios, la tenemos en el Evangelio de san Juan: *“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna”* (Jn 3,16). Habla del amor de Dios y habla de ofrenda hasta la muerte, por la salvación de los hombres. Esto es lo que significa. La escena pertenece al diálogo en la noche de Jesús con un jefe judío, llamado Nicodemo. Jesús responde a todas las preguntas de este hombre para que comprenda el sentido de nacer de Dios. Parece que el Señor tiene interés en explicarle a este maestro de la ley lo que significan los tiempos nuevos, lo que significa que lo viejo ha pasado, la centralidad de Jesús y cómo, según el plan salvador de Dios, se están cumpliendo la ley y los profetas. Es probable que le costara entenderlo, pero tenía condiciones para abrirse a la fe y llegar a ver que en el proyecto de Dios “dar a su Hijo” significaba “entregarlo a la muerte en la cruz”. El desarrollo de los acontecimientos había demostrado que ese era exactamente el sentido de la respuesta a Nicodemo: **Dios ha dado a su Hijo** unigénito por la salvación del mundo, entregándolo a la muerte de cruz por los pecados del mundo, por amor: “¡Tanto amó Dios al mundo!”. El amor sigue siendo la explicación definitiva de la redención mediante la cruz. Es la única respuesta a la pregunta ¿por qué?

El mismo evangelista explicará con detalle lo que significa amar, según el corazón de Dios. Es interesante releerlo para comprender hasta dónde llega Dios y lo que significamos para Él: *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados”* (1 Jn 4, 10).

Dios nos habla de mil maneras y por medio de muchas mediaciones, pero ha preferido cumplir la ley con el signo que para los judíos era más nítido, por medio de la ofrenda de la propia vida, como la ofrenda del cordero, con cuya sangre sellaba el pacto, la Nueva Alianza. El Padre aceptó el sufrimiento, pasión y muerte de su Hijo Jesús. ¿Qué se nos revela en la cruz del Señor? En primer lugar, el rostro de Dios, como el Varón de dolores, humillado y deshecho de los hombres, marcado por las cicatrices de la violencia de la condición humana. Dios hace con su Hijo, lo que no le permitió a Abraham, dejarle morir, sin enviar legiones de ángeles para reparar. Es como si Dios se dejase expulsar del mundo, de nuestras vidas. Se hace presente en forma de debilidad, cosa que les costó entender a los primeros. ¡Cuánto revela a la gente esta actitud de Dios que calla! Dios, en Jesús, baja hasta lo más hondo de la condición humana, allí donde ni uno mismo puede llegar. Su Hijo destrozado, surcado por una crueldad real es la expresión más paradójica del deseo de mostrarnos su rostro. Dios nos ha hecho ver lo esencial, lo que es invisible a los ojos

humanos. En Jesús se nos muestra al Padre construyendo, en lentitud, el progreso del Reino. ¡Cómo nos aturde esto a los impacientes! Esa lentitud la experimentamos cada día y este es el "banco de pruebas" para muchos idealistas, porque Dios hace progresar el Reino en lentitud.

Ayer nos dio el Señor una lección hermosa, el lavatorio de los pies, como estilo de vida cristiano, como una manera nueva de entender la vida, dándola. Hoy, el sacrificio de Cristo se ha hecho 'precio' y 'compensación' por la liberación del hombre, la liberación de la 'esclavitud del pecado' (Cfr. Rom 6, 5-17), el paso a la 'libertad de los hijos de Dios' (Cfr. Rom 8, 21). Con este sacrificio, consecuencia de su amor por nosotros, Jesucristo ha completado su misión salvífica. El anuncio de todo el Nuevo Testamento halla su expresión más concisa en aquel pasaje del Evangelio de Marcos: *“El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos”* (Mc 10, 45). En la cruz se ha manifestado el amor: *“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”* (Rom 5, 8). *“Cristo os amó y se entregó por vosotros”* (Ef 5, 2). Las palabras de Pablo son un eco de las del mismo Cristo: *“Nadie tiene mayor amor que el que da su vida”* (Jn 15, 13) por los pecados del mundo.

Pido a Dios que, al venerar el signo de la cruz, os conceda el Señor un corazón grande para amar, capacidad para percibir las necesidades de los hermanos y la fuerza necesaria para ayudarles. Ya sé que este año es distinto, pero no dejamos de contemplar a Cristo en la cruz cuando vemos a los enfermos, a los que sufren por el contagio del Covid-19, a las familias que han perdido un ser querido y no se han podido despedir de él, a los que andan perdidos y no saben responder a este reto y sufren porque no lo entienden. Cristo sigue clavado en la cruz ante las injusticias, violencias, engaños y falta de caridad... A ver si podemos desprendernos de nuestras miserias y pecados, de nuestras faltas de fe, de caridad y de esperanza... a ver si nuestra participación en el triunfo sobre la muerte de Jesús nos hace ver la luz.

Que Dios os bendiga.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena